La cultura indígena filipina en la segunda mitad del siglo XIX según los jesuitas

José S. Arcilla, S. J.
Ateneo de Manila
Quezon City, Philippines

Expulsados de sus misiones y colegios en 1768, los jesuitas volvieron a Filipinas menos de un siglo después. En 1591, al ir por primera vez a Filipinas, ellos no tenían la intención de establecer una misión permanente, no descartando sin embargo la posibilidad de fundar una, que efectivamente establecieron, y que con el tiempo se irán añadiendo otras nuevas hasta que constituyeron una provincia independiente. Y después de 187 años de apostolado en las Islas, fueron expulsados, aunque en 1859 volvieron a reanudar su labor misional, esta vez con la real orden de reducir y cristianizar las tribus infieles de las islas meridionales de Mindanao y sus adyacentes[212].

España nunca había sabido imponer una efectiva autoridad ni jurisdicción sobre dichas islas hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando el interés bélico manifestado por Inglaterra y

---

[210] Vid. Ray Huang, *Op. cit.,* pp. 514-517. A este respecto tenemos el valioso testimonio correspondiente al segundo documento que Benavides tradujo y envió al rey de España, que llevaba un título que se explica por sí mismo: «Traslado de una petición que el magistrado supremo de la provincia o reyno de honcong *[lugar dificil de identificar]* dio al rey de la china para persuadirle no diese oidos a unos chinos que pretendieron este año presente de 1603 que se viniese de la china a hazer guerra y a tomar esta tierra de Luzon en philipinas y que el dicho rey diese su licencia y consentimiento». Véase Colin & Pastells, tomo II, pp. 416-417. (N. del A.)

[211] *GQ*, capítulo 29 (vol. 8, pág. 4917). (N. del A.)

[212] JOSÉ S. ARCILLA, S. J., «The Retum of the Jesuits in Mindanao», *Philippine Studies* 26 (1978) 16-34. (N. del A.)

Francia despertó a la corona española a esforzarse por consolidar su precario dominio sobre una región que siempre España había reclamado como suya pero sin nunca poder dominarla efectivamente. La introducción de cañoneros a mediados del siglo XIX finalmente capacitó al gobierno de Manila a solucionar militarmente el problema de los musulmanes que en los tres siglos precedentes habían infestado la colonia. En virtud del Patronato real, la corona española tenía listos misioneros celosos que implementaran los órdenes reales, y con la restauración de la Compañía de Jesús, tenía a mano un nuevo grupo para realizar su programa político en Filipinas.

Diez jesuitas constituyeron el primer grupo de misioneros designados para Mindanao en 1859[213]. Pero nada más llegar el gobierno de la ciudad los retuvo [256] para encargarles de la administración de la «Escuela pía,» un moribundo colegio de instrucción básica para niños. Naturalmente, contra la voluntad del rey, los jesuitas dudaban ante el cambio de sus órdenes hasta que, asegurados que el gobierno manilense asumiría toda la responsabilidad del cambio de su destino, aceptaron la propuesta y se encargaron del colegio, ahora, «Colegio Municipal de Manila» subvencionado por la ciudad[214].

Sin embargo, los jesuitas nunca dejaron de interesarse en la cristianización de Mindanao. Tan pronto como pudo, el P. José Fernández Cuevas, superior de los jesuitas, se embarcó en el correo de Mindanao, buscando el sitio más a propósito para establecer una misión[215]. Insistiendo sin embargo el gobierno en abrir la primera misión en Cotabato en el centro sur de Mindanao, coto reservado de los musulmanes, los jesuitas tuvieron que desistir de sus planes de establecerla en el norte donde el Islam no había penetrado. Una campaña militar contra los musulmanes estaba para concluirse y el nuevo gobernador de Mindanao, el Brigadier General Don José García Ruiz, insistió en llevar consigo misioneros para consolidar el avance español dentro del territorio mismo del Islam.

Así pues, en 1861, cuatro jesuitas[216], dos sacerdotes y dos hermanos coadjutores, establecieron la primera misión de la Compañía moderna, pero no en el norte de Mindanao como hubiesen preferido. En las colinas ondulantes al sur de la orilla del brazo sur del Río Grande de Mindanao (o Pulangi), unos tirurayes, una tribu pacífica, sufrían frecuentes asaltos por parte de los musulmanes. Y los jesuitas decidieron quedarse y fundar su primera misión en el punto, la primera después de su expulsión más de un siglo previamente[217].

El año siguiente, el segundo grupo de misioneros se encargó del nuevo municipio de Tetuán, barrio recién elevado y separado del puerto de Zamboanga, su matriz, pero sin parroquia ni párroco, y al mismo tiempo de la capellanía de la estación naval en la isla de Basilan a la

---

[213] Los PP. JOSÉ FERNÁNDEZ CUEVAS (superior), JUAN B. VIDAL, JOSÉ IGNACIO GUERRICO, IGNACIO SERRA, PASCUAL BARRADO, RAMÓN BARÚA, con los Hnos. Coadjutores JOAQUÍN COMA, JOSÉ IGNACIO LARRAÑAGA, CELESTINO INUNCIAGA, y VENANCIO BELZUNCE. (N. del A.)

[214] JOSÉ S. ARCILLA, S. J., «Ateneo de Manila: Problems and Policies, 1859-1939», *Philippine Studies* 32 (1984) 377-398. (N. del A.)

[215] JOSÉ FERNÁNDEZ CUEVAS, «Relación de un Viaje de Exploración a Mindanao», *Cartas de los Padres de la Compañía de Jesús de la Misión de Filipinas* (Manita: 1889) Cuaderno 8:5-61. (N. del A.)

[216] PP. JUAN BA, VIDAL (superior), JOSÉ IGNACIO GUERRICO, Hnos. CELESTINO INUNCIAGA y VENANCIO BELZUNCE. (N. del A.)

[217] ARCILLA, «Return»; JOSÉ IGNACIO GUERRICO, S. J., carta al Superior de la Misión de Filipinas, Manila, 20 de junio de 1883 en JOSÉ S. ARCILLA, S. J. (red., trad., anot.) *Jesuit Missionary Letters from Mindanao* (Quezon City, 1990) I:1, 193-205. (N. del A.)

extremidad SO de la península de Zamboanga. Seis años más, y los jesuitas llegaron a Davao en el sureste de Mindanao. Otras misiones se iban estableciendo en los años siguientes: Dapitan en el noroeste (1870), Surigao en el nordeste (1871), y Agusan en el norte central de Mindanao (1875). Quiere decir esto que en 15 años, los jesuitas [257] se establecieron por toda la zona costera de Mindanao, y sólo faltaba penetrar en el interior, lo que no tardaron en efectuar.

La vuelta de los jesuitas en Filipinas en la segunda mitad del siglo pasado obedecía a exigencias tanto religiosas como políticas. La situación política en Europa sirvió de incentivo, y quiérase o no los misioneros jesuitas en Mindanao, actuaban como exploradores de un territorio hasta entonces cerrado y como agentes del gobierno colonial. Al valorar entonces su actuación mucho debemos matizar la postura y las percepciones de los jesuitas de la cultura indígena en la segunda mitad del siglo XIX. Hasta la revolución de 1896, ellos jugaban el doble papel de educadores de la juventud en Manila, al mismo tiempo que de misioneros activos en el sur de Filipinas. Dos de cada tres jesuitas se encontraban en Mindanao, mientras que los demás se ocupaban de la formación académica de la juventud en Manita. Siendo profesores del colegio, estaban en contacto con la élite y clase media; mientras que siendo misioneros, estaban en contacto con las tribus nómadas y los nuevos cristianos de las montañas de Mindanao reducidos en comunidades permanentes. Verdad que algunos de los profesores del colegio de los jesuitas en Manita visitaban las misiones en Mindanao durante las vacaciones veraniegas y casi todos apuntaron sus impresiones; sin embargo, no eran tan conscientes de la cultura y vida de la gente de Mindanao como sus hermanos misioneros que pasaban toda su vida en las misiones. A pesar de todo, buscaban unánimes un idéntico objetivo, aunque siguiendo diferentes métodos según el contexto y la sociedad en que se encontraban.

LOS JESUITAS Y LA INSTRUCCIÓN EN FILIPINAS

De hecho, no les sorprendió a los recién llegados misioneros en Manila el que la ciudad les ofreciera la dirección de la moribunda Escuela pía. En España, antes de embarcarse para las Islas, les advirtieron precisamente esta posibilidad, y ellos tuvieron sus razones para aceptar la Escuela[218]. Como lo explicaba el P. Cuevas, a los jesuitas en Filipinas incumbían tres tareas: administrar parroquias, dedicarse a misiones activas, y la enseñanza[219]. La *cura animarum* permanente les era prohibida por sus Constituciones y el P. Cuevas ni pensó en dicha posibilidad. Abrir misiones activas y trabajar en ellas, esto sí que formaba [258] parte de su vocación. Y sólo esperaban finalizar algunos detalles administrativos antes de que los jesuitas se marchasen para fundarlas.

¿Qué decir de la enseñanza? La regla de la Compañía no la prohibía. En sus colegios, los jesuitas formarían aquellos que no aspiraban al sacerdocio ni a la cartera de medicina ni de abogacía. Sus colegios servirían de un modo especial de apoyo y sostén al gobierno y a la gente, cuyos hijos podrían formarse en «ideas sanas» sin necesidad de viajar a Calcuta, Singapore, o París para instruirse adecuadamente.

Pero tal vez, más peso tenía la brutal realidad de la colonia que cualquiera consideración teórica y abstracta en convencer a los nuevos misioneros para dirigir un colegio de enseñanza. El P. Juan Vidal, uno de los primeros en Filipinas en 1859, dijo sin rodeos que en todo el

---

[218] JOSÉ FERNÁNDEZ CUEVAS, al Prepósito General de la Compañía, Manila, 25 de junio de 1859: Archivum Romanum Societatis Iesu (Roma), *Phil.,* 1001-1-3; Pablo Pastells, *Misión de la Compañía de Jesús en Filipinas en el Siglo XIX* (Barcelona, 1916) 1:12-13. (N. del A.)

[219] Cuevas al superior provincial, Manila, 20 de noviembre de 1859: ARSI, *Phil.,* 1001-1-4; su carta al gobernador general de Filipinas, Manila, 12 de febrero de 1861: Arxiu Historic de la Companya de Jesus de Catalunya [AHSIC] (Sant Cugat del Vallès, Barcelona), E-11-a-7 (sign. antig.). (N. del A.)

archipiélago filipino no existía ningún establecimiento de instrucción digno de tal nombre[220]. El mismo Gobernador General confesaba que había escuelas en la colonia, pero éstas no se podían comparar con las en Europa ni satisfacer a los vecinos de Manila. Además había que promover la educación de los *indios* que con una sorprendente destreza aprendían fácilmente a leer y escribir a pesar de que las escuelas estaban «insuficientemente subvencionadas con los fondos locales[221].»

Con más agudeza que el P. Vidal, el P. Cuevas criticaba las escuelas en Filipinas, diciendo que ellas no promovían el desarrollo intelectual ni literario, ni cumplían con sus deberes[222]. Pasaban por alto la formación religiosa. Y aunque la colonia superaba a muchas naciones europeas en la capacidad de leer y escribir de la gente, las escuelas en Filipinas faltaban notablemente en su deber de formar a la juventud «histórica y humanísticamente. «La juventud apenas practicaba para «hacer comparaciones o indagar las causas» no desarrollaba la memoria, tanto que muchos de los indígenas no conocían ni sus propios nombres ni los de sus propios padres. Tampoco sabían distinguir los días de la semana[223]. [259]

Por consiguiente, en su plan de estudios para Filipinas, el P. Cuevas subrayó la necesidad absoluta de que el catequista, por ejemplo, presentara «ejemplos de similitud y comparación para aclarar temas dudosos.» La instrucción debe «cultivar las facultades morales del niño,» y las escuelas deben promover la formación de «hombres de principio, honestos, laboriosos, a fin de dar cumplimiento a la labor del Creador...» No escuelas de perfección, en otras palabras, ni al contrario tan estrechas ni superficiales, sino algo más modestas y adecuadas para satisfacer las necesidades de los indígenas. Los colegios deben enseñar «solamente lo que basta para una vida feliz y tranquila del labrador, del artesano, del soldado, del marinero, etc., incluso todo lo que se requiere para los que de derecho aspiran y se preparan para la carrera del comercio o de las más altas profesiones.» Mucho más importaba el que las escuelas inculcaran «los principios y las prácticas de la religión, amor a la patria, respeto a las autoridades, amor al trabajo, fomento de la vida de la familia, una conciencia de la importancia de la vida social y de la dignidad de la persona humana, es decir, promover la formación en la verdadera civilización cristiana[224]».

En un subsiguiente debate sobre la lengua de instrucción en las escuelas filipinas, el Superior de los Jesuitas insistía que, tal como lo había siempre decretado la corona española, a los filipinos debía enseñarse el castellano. La Junta de Instrucción recién establecida para la reforma

---

[220] «... la instrucción religiosa, y la formación de la juventud no seda prácticamente. En ningún sitio de estas islas se encuentra ni una Hija de Caridad, ni alguna otra monja instructora... los padres se ven forzosamente obligados a mandar a sus hijos a Calcuta, Singapore, o Europa, si quieren que éstos reciban una decente formación». J. B. Vidal a su hermano, Manila, 6 de noviembre de 1859: AHSIC, E-II-a-1 (sign. antig.). (N. del A.)

[221] FERNANDO DE NORZAGARAY al Consejo de Ministros, Manila, 6 de octubre de 1859: Archivo Nacional de Filipinas (Manila) [PNA], *Jesuitas,* cajón 3, legajo 1, sin número. (N. del A.)

[222] Véase la nota 3ª de este artículo. (N. del A.)

[223] El P. Cuevas no tuvo en cuenta que el calendario y el horario prehispánicos diferían mucho de los españoles, y que los hijos e inferiores ni llamaban a sus padres o superiores por sus propios nombres, sino con otros términos de respeto. Véase la descripción de la sociedad indígena en Francisco Colín, *Labor evangélica, Ministerios Apostólicos de los Obreros de la Compañía de Jesús* [ed. Pablo Pastells, S.J.] (Barcelona, 1900) Libro I, cap. XIII, pp. 58-59. (N. del A.)

[224] Este mismo punto de vista lo manifestaba el Gobernador General, Don José de la Giandara (1866-69) en su carta al Director del Escuela Normal, el segundo colegio de enseñanza dirigido por los jesuitas, Manila, 4 de diciembre de 1866: Archivo de la Provincia Filipina de la Compañía de Jesús [APP] (Quezon City), V-14-042. (N. del A.)

de las escuelas ya lo había secundado por un voto unánime, pero un miembro, el P. Fr. Francisco Gianza, O. P., futuro Obispo de Nueva Cáceres, había cambiado de parecer y retiró su voto. Temía, explicaba, los efectos consiguientes de tal medida.

Si aprendiesen el castellano, preguntaba, cómo se podía frenar o restringir los filipinos que no lean libros y escritos anti-españoles o anti-católicos? Hasta entonces, los varios dialectos del país habían favorecido el regionalismo y era mucho más fácil reprimir todo intento de sublevarse. Pero, el día que se realizara, decía, la solidaridad nacional, cuando a la unidad de lengua se añade la unidad de aspiraciones, aquel mismo día se verá surgir un líder de valor persuadir a una muchedumbre sin número, ya que les será posible propagar y entender cualquier proclamación inflamatoria.

Para remediar los temores del Dominicano, el P. Cuevas respondió que si los filipinos querían sublevarse, no necesitaban ni unirse previamente ni aprender para poder comunicarse en un mismo idioma. Además la ley quedaba aún en vigor, y no hubo ninguna otra opción que enseñar la lengua de Cervantes por [260] todas las colonias. De otro modo, ¿cómo mejorar la administración pública? Dada la ignorancia del castellano en toda la colonia, los oficiales civiles y eclesiásticos forzosamente dependían de intérpretes más o menos fieles, quedando las autoridades siempre un paso alejadas de la gente.

Dicho de otra manera, para Gainza, la colonia era siempre una misión, donde la tarea principal, si no exclusiva, era propagar el Evangelio y establecer la Iglesia. Por consiguiente, cualquier peligro para la fe debía alejarse inmediatamente.

Para el Superior de los jesuitas, la cuestión de la lengua implicaba algo más básico y fundamental, es decir, el papel de España en Filipinas. De mayor interés y aun mayor importancia era la formación académica considerada en sí misma. Por su naturaleza, toda política colonial, por mucho que oprima, siempre redunda en beneficio de la colonia. Con el tiempo, la explotación de los recursos coloniales ocasiona el desarrollo y crecimiento progresivo de los colonizados. Y llega un tiempo cuando estos, finalmente conscientes de su propia identidad y de sus riquezas, buscan y reclaman, si no su independencia, al menos la igualdad con el poder colonial y su propio lugar en la familia de naciones. El problema pues se reduce a la cuestión de saber sí el gobierno metropolitano reconoce o no esta trayectoria histórica y otorga la independencia de la colonia. Pero no es esta la misma cuestión que la del inevitable desarrollo colonial.

En la segunda mitad del siglo pasado, las Islas Filipinas ya gozaban de una cultura algo parecida a la europea medieval en el año 1000 d. C. La colonia disfrutaba de una relativa paz y estabilidad política, la economía se presentaba cada vez mejor, y se sentía una unidad nacional diríase embrionaria. La colonia filipina ya estaba a punto de despegarse y modernizarse. ¿Sería entonces conveniente seguir con la política tradicional de aislamiento, apartando las islas de las nuevas corrientes modernas? O, por medio del español, ¿se permitiría a los filipinos ponerse en contacto con las más avanzadas ideas de las más progresivas naciones, aun con el riesgo de dejar entrar en la colonia toda clase de escritos anti-gubernamentales y anti-católicos? ¿Valía la pena afrontar este peligro?

Afortunadamente, la Junta, con el P. Cuevas, confirmó la primera decisión de imponer el uso del castellano en todas las escuelas en Filipinas. Desafortunadamente, varias causas impidieron su plena realización. Siempre falto de recursos financieros, el gobierno de la colonia fue incapaz de proveer lo que un moderno programa de instrucción requería, el castellano no se propagó en el archipiélago, y no hubo el tiempo suficiente para obedecer a los mejores deseos del gobierno. En agosto de 1896, 30 años después, la revolución de Andrés Bonifacio estalló, y dos años más tarde, en el verano de 1898, los norteamericanos enarbolaron su bandera en Filipinas, poniendo fin a más de tres siglos de presencia española en el Oriente. [261]

Sin embargo, en este breve intervalo de tiempo, los jesuitas habían dirigido dos centros de

enseñanza. La Escuela Pía, unos años más tarde, el *Ateneo Municipal de Manila,* que en 1865, había sido elevado a colegio de enseñanza secundaria, produjeron la gran mayoría de los primeros ilustrados del país, mientras que la *Escuela normal de maestros de instrucción primaria,* establecida en 1865, había preparado casi todos los maestros en Filipinas.

Una semana después de la inauguración de la nueva Escuela municipal bajo la dirección de los jesuitas, un corresponsal del *Boletín Oficial de Filipinas* publicado en Manila escribió que los métodos de instrucción en el nuevo colegio de los jesuitas «no pueden dejar de ser altamente beneficiosos para la familia y el país. El método de enseñanza con que instruyen no pueden ser mejor; en él concilian la claridad con la profundidad y hermanan á la vez la sencillez de la combinación con la dulzura de la explicación; lo cual no podrá menos de inspirar en el entendimiento de los jóvenes un vivo entusiasmo hacia el estudio y tal creemos lograrán sin transcurrir mucho tiempo los PP. De la Compañía[225]». Mucho más tarde, el más famoso alumno del Ateneo, el héroe nacional, José Rizal, reconoció que los años más provechosos de su juventud los había pasado en el Ateneo. En vísperas de la última distribución de premios, de los cuales había obtenido la mayoría, escribió:

> Había entrado en el colegio niño todavía, con escasos conocimientos de la lengua española, con un entendimiento medianamente desarrollado, y sin delicadeza casi en mis sentimientos. A fuerza de estudiar, de analizarme, de aspirar a más allá y de mil correcciones íbame transformando poco á poco gracias á los benéficos influjos de un celoso Profesor.
>
> ... Cultivando la Poesía y la Retórica había elevado más mis sentimientos, y Virgilio, Horacio, Cicerón, y otros autores me mostraban una nueva senda por donde pudiera caminar para conseguir una de mis aspiraciones[226].

No solamente Rizal, sino todos los alumnos formados en el Ateneo y la Escuela Normal habían encontrado una «nueva senda por donde... caminar.» Al alzarse los katipuneros contra el gobierno a fines de agosto de 1896, la primera reacción de la comunidad española en Manila fue acusar a los jesuitas de haber sido co-conspiradores, sino los iniciadores o los líderes mismos de la insurrección. Por medio de sus colegios, se propalaba, los jesuitas habían forjado la herramienta, el factor clave con que empezar la revolución. *La Semana Católica*, [262] una publicación semanal de Barcelona, apuntó a la «brillante Escuela Normal de Maestros de Filipinas» que «había influido la insurrección[227]».

Los filipinos lo veían de otro modo. Para ellos, el deber del estado es promover la libertad de la persona, la libertad individual,

---

[225] *Boletín Oficial de Filipinas,* Nº. 350 (Domingo, 18 de diciembre de 1859): APP, III-6-006. (N. del A.)

[226] P. JACINTO (José Rizal Mercado), *Memorias de un Estudiante de Manila* (Manila, 1949), Cap. V, pp. 24-25. (N. del A.)

[227] El P. Pio Pi, Superior de los jesuitas en Filipinas, nos ofrece un resumen de esta polémica en su carta al Prepósito General de la Compañía, fechada en Manila, 30 de septiembre de 1896: APP, III-6-032. Véase del mismo archivo el documento III-6-003-a; Martínez Vigil, Obispo de Oviedo, en *La Semana Católica de Barcelona,* Nº. 371 (29 de diciembre de 1899): AHSIC, E-II-a-3 (sign. ant.). (N. del A.)

> ... esto es, *libre* individualmente, *libre, si* fuera posible, cada ser personal, lo cual sería el *summum* de la preponderancia del Estado. Esta libertad, que llamaremos moral, sólo puede traerla consigo una educación bien dirigida, y, sobre todo, sólida, así moral como intelectiva; único medio para que el criterio del ciudadano sea amplio y libre, para que en sus juicios, no sea perturbado ni por ideas vanas, ni por aprensiones, ni por energías pasionales. -- La revolución tagala es, pues, la más segura demostración del avance considerable que, ya antes de esa etapa, había dado el pueblo filipino en el campo de la inteligencia. -- Y ahora bien: a quién debemos ese avance tan notable, realizado en no largo trascurso de tiempo? Qué luz nos guió? Qué mano cariñosa asió la nuestra para conducimos?--
>
> ... fuerza es deducir que el notable cambio hase verificado desde que la ilustrada corporación de hijos de Loyola tomó á su cargo la educación de nuestra juventud, desde que esa ilustre compañía fundó el Ateneo Municipal y la Normal[228].

Esto es alabar a los ¡cielos! Pero, precisamente esto había sido siempre el objetivo de los colegios de los jesuitas, el norte que orientaba la formación que los jesuitas ofrecían en sus escuelas. Como lo había ya indicado el P. Cuevas al elevar la Escuela municipal al rango de colegio secundario, el fin era elevar las escuelas de su «postración o más bien de la nada en que yacían en esta desafiante colonia[229]».

LAS MISIONES EN MINDANAO

Tan pronto como había solucionado los problemas de fundación de la misión de los jesuitas en Filipinas en Manila, el P. Cuevas se embarcó en el correo de Mindanao[230]. Habíase informado previamente de la situación y las condiciones de Mindanao, y ahora iba a elegir el sitio el más a propósito para una misión. [263]

Visitó primero el puerto y estación de Zamboanga, sitio ya evangelizado y no necesitando por el momento una nueva misión. Navegó también por las estaciones navales de Basilan, al SO de la península de Zamboanga, y Pollok, puerto en la bahía de Illana. Bien abrigado de todos los vientos, pero rodeado de los moros, Pollok no ofrecía condiciones de seguridad. Además, situado en una estrecha isla, no tenía posibilidades de expansión. Finalmente, el P. Cuevas llegó en el puerto de Davao al sureste de Mindanao, situado en la bocana del río del mismo nombre, con un clima húmedo y malsano, enlazado con el gobierno central de Manila por el único correo que llegaba sólo mensualmente. Las rutas en el interior eran peligrosas, teniéndose que cruzar zonas exclusivas de los moros. Como muestra, quizá del aislamiento de Davao, poco antes de llegar el jesuita, el único misionero recoleto en la región había desfallecido sin los consuelos sacramentales de la iglesia que había servido toda su vida, y sin tampoco saberlo sus hermanos de hábito --por falta de medios de comunicación.

Los jesuitas querían fundar su primera misión en el norte de Mindanao donde no había llegado el Islam, y pensaban establecer colonias agrícolas que sirviesen de modelos que atrajesen las tribus infieles de Mindanao --y, si era posible, aun los moros-- e introducirlos a la agricultura sedentaria y demás artes de la vida permanente en comunidad. Pero en 1861, fue el gobierno que les concluyó sus planes, teniendo ellos que marchar al centro sur de la isla, como se ha dicho arriba, por razones estratégico-políticas ocasionadas por el secular conflicto con los moros.

Los misioneros identificaron cinco grupos distintos en Mindanao: las razas indígenas

---

[228] «El Ateneo Municipal», *La República Filipina* (Mandaloyan), Año I, Nº. 67 (3 de diciembre de 1898): APP V-2-035. (N. del A.)

[229] Diario de la Misión de Filipinas, I (1859-1879). (N. del A.)

[230] Cuevas, «Relación de un Viaje», *Cartas,* 8:23. (N. del A.)

apartadas en casi todos los montes, los moros mayormente en la zona suroeste de Mindanao, los cristianos en las zonas costeras, los comerciantes chinos siempre presentes en todos los rincones de Filipinas, y los oficiales civiles y navales.

Eran estos últimos quienes paradójicamente ocasionaban los más de los problemas en las misiones. Salvo algunas excepciones, casi todo el personal español en Mindanao, del cual la mayoría eran masones, vivían en abierta oposición a la tarea misional, recelosos si no hostiles a los jesuitas y efectivamente neutralizaban los esfuerzos de los misioneros. En el suroeste de Mindanao, donde el Islam se había arraigado profundamente, se oponían clamorosos a la política de atracción y acomodación pacíficas de los jesuitas, prefiriendo usar la fuerza para sojuzgar a los moros.

Donde, por el contrario, hubo cooperación entre el misionero y el oficial del gobierno según la ley, no fue tan difícil la labor de reducir las tribus infieles en [264] los montes. Tal fue el caso de la zona nordeste de Mindanao que, según los jesuitas, ya había sido «totalmente» cristianizada en 1885[231].

Otra espina en el costado de los misioneros fueron los comerciantes chinos y algunos cristianos minoristas residentes en las zonas costeras. Procuraban aislar los infieles en sus guaridas inaccesibles o miserables chozas, a fin de robarles a discreción, venderles sus mercancías de primera necesidad a precios alzados, y engañarles con toda clase de caprichos. Los misioneros no cejaban de reclamar del gobierno ayuda para los monteses y prohibir a esos astutos comerciantillos subir a los montes o tratar con gente analfabeta.

Hasta hace poco, «Mindanao» se identificaba a «Moro[232]». De hecho, sólo una pequeña porción de toda la isla era predominantemente mora: las provincias de Cotabato, Basilan, Sulu, y una parte de la provincia de Lanao. ¿Qué impresiones tuvieron los jesuitas de ellos?

Al llegar por primera vez en Mindanao en 1861, ni los jesuitas ni el gobierno había formulado una política en relación con los moros. Nuevos en la región, algunos de los primeros abogaban por una política de no-intervención, por miedo a que cualquier intento de evangelizar a los moros enajenara o apartara los infieles más al interior de los bosques o en las cimas de las montañas, terriblemente temerosos éstos de los moros, sus enemigos y perseguidores con quienes no tenían trato.

Pero los misioneros no pudieron evitar ponerse en contacto con los moros. El dialecto local matizado generosamente con palabras moras les convenció de que las relaciones al menos comerciales entre los dos grupos eran algo normal. Obligados a enfrentarse con el problema de la preponderante influencia de los moros, los misioneros buscaron un modus *vivendi con* éstos. En Tamontaka, el P. Guerrico suplicaba un justo y caritativo tratamiento de los moros[233]. Si se convierten los moros, decía, mirarían a los infieles como sus hermanos en vez de como esclavos actuales o en un tiempo futuro, y se abstendrían de abusar o secuestrarlos. En sus conversaciones

---

[231] «Relación sobre las Reducciones de infieles en el distrito de Surigao, presentada al Gobierno General el 27 de enero de 1885, por el Superior de la Misión de la Compañía de Jesús, P. Juan Ricart», en Pastells, *Misión* (Barcelona, 1917) III, 467-74. (N. del A.)

[232] Al fin del siglo XIX, efecto de la postura de los norteamericanos ante los «feroces» y «salvajes» musulmanes de Mindanao que no se sujetaron fácilmente al nuevo régimen, la palabra «moro» era una palabra de desprecio o insulto. Ahora, a causa del movimiento separatista de las facciones musulmanas en Mindanao (MILF=Frente Islámico de Liberación de Mindanao; MNLF=Frente Nacional de Liberación de Mindanao, etc.), es una honra llamarse «moro», y la palabra refiere a un pueblo que nunca admite ninguna acomodación a las potencias occidentales. (N. del A.)

[233] JOSÉ IGNACIO GUERRICO, S. J., en varias cartas: *Jesuit Missionary Letters from Mindanao.* Vol. I: The Rio Grande Mission. Ed., trad., anot., José S. Arcilla, S. J. (Quezon City, 1990) 1-72. (N. del A.)

o coloquios íntimos los moros mismos [265] hablarían de la bondad de los jesuitas, y la buena voluntad que se fomentaría ciertamente facilitará o al menos ablandará la proverbial intransigencia musulmana. Por su parte, los monteses infieles, observando el cambio, depondrían sus recelos y temores de que les cautivarían o molestarían, y en consecuencia bajarían con menos dificultad de los montes.

El principal objetivo de las misiones de los jesuitas en Mindanao eran los infieles nómadas y montañeses de Mindanao[234]. Pero a su llegada a Mindanao en el último tercio del siglo XIX, las condiciones en el interior de la isla seguían idénticas a las que prevalecían cuando la llegada de Magallanes en 1521 o de Legazpi en 1565. «Pueblos» no había sino unas miserables chozas - o simplemente techos de hojas sin pared, sin calles, ni iglesias, ni tribunal, ni escuelas. La gente no tenía sementeras, por no tener la herramienta necesaria, ni aun el carabao, el ubicuo animal de trabajo filipino[235]. Se sostenían de la caza, y sembraban el arroz echando la semilla en un pequeño agujero hecho en el suelo con una caña o cualquier palo, y cubriéndolo con el pie, todo esto después de quemar los arbustos y malezas[236]. Después de la cosecha, el *cogon*[237] vuelve a crecer, y el bolo nativo no sirve para cortarlo. Por lo que la gente se veía forzada a trasladarse buscando otro sitio más fértil o menos difícil de labrar.

Así que forzosamente no podían permanecer en comunidades fijas y, sin ninguna autoridad central, las tribus se peleaban sin cesar, razón por la que los moros las podían sojuzgar o secuestrar con una sorprendente facilidad.

Ya se ve por qué la defensa contra los moros y otros enemigos prometida por los soldados o los misioneros les sirvió de poderoso aliciente para instalarse al lado de las misiones. Además recibían la ropa de los misioneros, se les enseñaba a construir mejores casas «con salas y particiones,» sembrar, manejar la azada y el hacha, leer y escribir, etc. También la casa misión les era el «depositario» de ropa y medicinas, la fuente de toda clase de ayudas en tiempos de sequía, hambre, epidemias, inundaciones, etc. Sobre todo, la misión les servía de baluarte contra los moros que los explotaban sin piedad, robando sus cosechas, esclavizando y secuestrando sus hijos si se resistían.

Por otro lado, viviendo en comunidades permanentes y bautizados en la Iglesia Católica, ellos tuvieron el derecho de invocar la protección del gobierno. [266] En palabras del P. Saturnino Urios, varias veces superior local de las misiones de Agusan y de Davao, era deber de los jesuitas «hacerles hombres primero antes de cristianos[238]».

La reducción fue el *sine-qua-non* de la evangelización de Mindanao. Sin embargo, a pesar de que fueron siempre atraídos por las ventajas materiales a la reducción, no les era fácil a los infieles abandonar el lugar de su nacimiento ni la tierra ancestral donde yacían los huesos de sus antepasados, ni mucho menos aceptar la autoridad o el poder de alguien que no fuese pariente ni miembro del mismo clan. Con el menor pretexto, desaparecían en sus escondrijos en los

---

[234] «Reales disposiciones relativas al restablecimiento de los Jesuitas en Filipinas», AHSIC, E-II-a-26 (sign. ant.) (N. del A.)

[235] Es muy significativo el que no hay una palabra indígena equivalente al castellano *«arado»* y se habla en Filipinas de *«araro»* (Tagalog) o *«arado»* (Visayo o Bicol). (N. del A.)

[236] Llamado este proceso *«kaingín»*. (N. del A.)

[237] *«Imperata cylindrica «, o «I. Exaltata»,* arbusto o planta de las gramíneas que se presta para techar o tejar canastas, etc. (N. del A.)

[238] SATURNINO URIOS al Superior de la Misión de los jesuitas en Filipinas, Butuan, 6 de octubre de 1891: Cartas 10:271. (N. del A.)

montes, dejando al misionero solito en la misión.

Una de las causas más comunes de su fuga era el temor a los *baganís.* Faltando una autoridad suprema y central en la segunda mitad del siglo XIX, fue la ley del más fuerte o de la venganza la que imperaba en los bosques y selvas interiores de Mindanao. Y todo miembro de la tribu, además de proveer de comida a sus allegados, jugaba el de prestar apoyo en la defensa de la tribu. La muerte de un miembro de la tribu significaba una correspondiente pérdida para el bienestar del grupo. No teniendo tribunales de justicia con jurisdicción universal, la responsabilidad de vengar o solucionar la dificultad recaía sobre la tribu. Por supuesto que la venganza siempre sangrienta no tardaba, ni se requería el consentimiento del jefe o datu. La justicia tribal reclamaba el castigo instantáneo.

Castigar y vengar era deber de los *baganís,* quienes observaban su propio código de honor. El que hubiese matado entre seis y diez veces, gozaba del privilegio de llevar la distintiva camisa roja, otro con entre once y veinte muertes la camisa y turbante rojos, y el baganí con más de veinte víctimas, el honor muy especial de adornar toda su persona y llevar todos sus armas enrojecidos. No era necesario matar por sí mismo. Bastaba incitar a otro y que la muerte se produjese, como ocurrió en el caso de un baganí de la tercera clase y muy temido de todos, porque había aniquilado toda una tribu. Pero nuestro héroe era más manso que un cordero, se decía, ni había manejado ni su lanza ni sus flechas en toda su vida. Habíase enfermado durante una peste y contagiando a sus prójimos, mató a todos los de su tribu.

Para los misioneros esto no era más que un acto de homicidio. Ellos simpatizaban con el dolor, por ejemplo, de un viudo, pero nunca condonaban el que la muerte de su esposa fuera pagada por otra muerte del primero que encontrase por casualidad -- un esclavo, un miembro de la misma tribu, el perro de caza de un amigo, etc. Era el mismo «ojo por ojo, diente por diente» ya condenado [267] en el evangelio cristiano, y los misioneros lógicamente denunciaron los baganís como «asesinos de profesión.» Solamente con el tiempo, poco a poco, con la ayuda de la policía púdose oponer a la fuerza una mayor fuerza y fue posible erradicar una tradición tan sin razón. Obrando así, los misioneros efectuaron paulatinamente un cambio en los valores indígenas, primero, respecto de las víctimas potenciales que se libraron de una muerte segura, y segundo, entre las familias que empezaban a mirar la vida humana con otros ojos y apreciar la dignidad humana[239].

Por el contrario los jesuitas eran casi unánimes en alabar la «docilidad», el carácter «pacífico», y la «sencillez» de los montañeses, quienes siempre manifestaban su «alegría y sus deseos» de aprender las oraciones cristianas, o «santiguarse» cuando llegaban los misioneros a sus tierras. Muchos de los jesuitas se consideraban ampliamente compensados por el amor con que eran recibidos durante estas excursiones. La «inteligencia» o la «capacidad para la virtud» entre los mejores de los montañeses siempre les ocasionaba una grata sorpresa. Claro que, a pesar de su celo y altruismo, los jesuitas eran, salvo algunas excepciones, europeos hasta los huesos, y para ellos los no-europeos eran de una raza inferior[240].

Formaban otro grupo los musulmanes. Bien organizados política y socialmente cuando llegaron los jesuitas, ya tenían sus jerarquías y acataban sus propias leyes y autoridades públicas. Esta organización socio-religiosa les permitió resistir la reorganización y formación de la nueva sociedad propugnada por los misioneros, no obstante las ventajas que observaban en la vida de los nuevos cristianos con sus sementeras y escuelas, y la manera de portarse, vestirse, el estilo

---

[239] Este cambio de pareceres es de hecho la historia misma de las misiones de Mindanao y de las demás misiones de Filipinas. Hay un sin número de cartas y memorias que atestiguan al hecho, aún en los casos de los musulmanes cuyos hijos fueron rescatados de sus amos también musulmanes. (N. del A.)

[240] Hay que tener en cuenta que estamos en la edad del darwinismo. (N. del A.)

de comer, etc. de estos últimos. Claro que sus jefes no dejaron de vigilar que sus secuaces no se trasladaran a las misiones de los cristianos, aun fabricando falsedades e historias falsas, y a veces esgrimiendo el *kampilan,* especie de cimitarra local[241].

Éste fue uno de los problemas que dificultaron la labor misional de los jesuitas en medio de los musulmanes. Pero a pesar de las declaraciones de muchos seguidores de Mahoma de que ningún musulmán se convierte al cristianismo o abandona su antigua religión, el hecho es que bastante gente sencilla [268] musulmana pidió bautizarse en el Iglesia Católica[242]. Pero muchísimos otros, amenazados o intimidados por sus jefes y amos, vacilaban en dar el paso decisivo. Hubiera sido deseable que el gobierno de Manila hubiese seguido un a política clara de garantizar la libertad y protección de los que quisieran hacerse cristianos. Esclavos escapados a las misiones cristianas de sus amos no debían devolverse a sus amos. Pero al vacilar el gobierno, los misioneros tenían las manos atadas.

En la última década del siglo XIX, las misiones de los jesuitas ya se encontraban en puntos estratégicos de Mindanao[243]. Ellos realizaban frecuentes excursiones abriendo caminos. Los misioneros de Tamontaka en particular habían penetrado en la costa sur de Mindanao (hasta entonces nunca visitada por ningún español) encontrándola inesperadamente sin la preponderante presencia musulmana, y abrieron una nueva misión para los infieles de la zona. Si hubiera habido más misioneros, las tribus «que esperaban al evangelio» habrían abrazado inmediatamente el cristianismo. Igual que los primeros grupos que habían encontrado hace unos 30 años previamente, estas gentes eran nómadas y tímidas, encaramadas en las alturas inaccesibles para defenderse de los piratas moros. Llevando «solamente el traje de Adán,» se mostraban fáciles de convertir y como los demás fácilmente atraídos con las mismas promesas de protección y mejora de su vida material, y los acostumbrados regalos de ropa, comida, medicinas, medallas que apreciaban como potentes amuletos.

Pero no pudo ser. En el verano de 1896, el movimiento clandestino separatista estalló en una sangrienta insurrección. Para el superior de los jesuitas en Filipinas, la subsiguiente confusión e incertidumbre política lo obligó a retirar a todos los misioneros de Mindanao, aunque si se les hubiese permitido, los jesuitas habrían preferido quedarse en su misión.

Sabemos lo que pasó después de la marcha de los jesuitas. Mientras que los musulmanes en el sudoeste de Mindanao se aprovecharon del *«power vacuum»* al marcharse todas las autoridades españolas, las tribus cristianizadas en otras partes de la isla se mantuvieron fieles a su fe católica. Solamente fue por la falta de personal católico para reanudar la labor misional al terminar la guerra por lo que en las primeras décadas del siglo XX otros misioneros no católicos [269] pero con inagotables recursos financieros, pudieron plantar el protestantismo en unas islas exclusivamente católicas.

En 1930, un antropólogo norteamericano llegó a lo que es hoy la provincia de Agusan del Sur. Encontró a los manobos todavía esperando a «su padre,» el P. Urios, para bautizarse. No sabían

---

[241] Fue esta la primera dificultad de los jesuitas al llegar en Mindanao en 1861. Según los musulmanes, los misioneros se mostraban simpáticos al principio, pero en un momento descuidado, iban a secuestrar los hombres y solteros y llevarlos a luchar contra los musulmanes en Sulu. Sólo la caridad aparentemente sin fin de los misioneros pronto desvaneció estos rumores. (N. del A.)

[242] Los jesuitas pronto descubrieron que muchos de los que se convirtieron al catolicismo eran descendientes de esclavos cristianos. Llevados a Mindanao hace muchos años, se casaron con musulmanas y se olvidaron de sus antecedentes. Desafortunadamente, nos faltan datos o estadísticos comprobantes de esta situación. (N. del A.)

[243] Al estallar la revolución filipina en agosto de 1896, los jesuitas administraban misiones o «residencias» en Zamboanga (con seis estaciones misionales). Tamontaka (con tres), Davao (también con tres), Joló, Surigao (con seis), Caraga (con dos), Butuan (con cinco), Tagoloan (con siete) y Dapitan (con tres). (N. del A.)

que su padre ya había fallecido tres años antes.

Las cartas de los jesuitas de las misiones de Mindanao de donde sacamos las noticias no solamente de las misiones, sino de la historia todavía sin escribir de Mindanao, quizá no les gusten a la juventud del mundo moderno. Pero son un reflejo de un celo misionero sin límites, de una prontitud y disposición a morir en el servicio de Dios. No se puede negar que los jesuitas, y todos los misioneros en Filipinas, amaban de veras a sus neófitos y catecúmenos. Si no, ¿cómo explicarnos la constancia y el valor con que se enfrentaban a toda clase de riesgos?

Las cartas nos ofrece otra clase de información. Se nota en ellas una condescendencia para con el «entendimiento limitado» o «poco desarrollado» de las tribus indígenas, un amago de «compasión» casi altanera respecto de los pobres ignorantes que no podían creer lo que observaban, un carabao, por ejemplo, tirando río arriba una barca cargada. En una ocasión un misionero tuvo que motivar a los «holgazanes» montañeses con el pago inmediato para que terminaran con la azada una camino que empezaron a allanar, pero que dejaron sin terminar. Finalmente, se palpa un justificado orgullo y gratitud por haber sido ellos los instrumentos con que se sirvió la divina providencia para iluminar a los infieles y librarlos de las garras de Satanás su amo en su vida oscurecida de supersticiones y errores para guiarlos a la luz del mensaje divino y --por supuesto-- también debido al «amor» y «benevolencia» del rey de España para sus vasallos.

En Mindanao los jesuitas eran celosos misioneros; eran también leales españoles. [270] [271]

---

[244] CALVO TEIXEIRA, Luis: *Exposiciones Universales: el mundo en Sevilla,* Editorial Labor, Barcelona, 1992, pág. 45. (N. del A.)